

# EL ECO DE CARTAGENA.



## PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Librería Montaña y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

## SEGUNDA ÉPOCA.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Viernes 16 de Noviembre.

### El Eco de Cartagena

#### ERUPCION DEL COTOPAXI.

La gran erupcion de este volcan, de la que hemos dado ya sucinta noticia ha sido tal vez una de las mayores calamidades que han caido sobre el Ecuador. Precedióla una gran inundacion de agua, tan considerable que nada salvó de cuanto se oponia á su paso, destruyendo fincas, casas, fábricas, potreros y centenares de cabezas de ganado, y lo que es mas sensible, causando la muerte de mas de mil personas.— Hé aquí como describe *La Nacion* aquella horrible calamidad que tanta consternacion causó en toda la república:

«La erupcion ocurrida el 26 de Junio, vino acompañada de todo cuanto pudiera hacerla más horrorosa é imponente. Completa oscuridad en pleno dia—truenos y relámpagos; horribles detonaciones que hacian temblar la tierra; rugidos subterráneos y furiosas ráfagas de viento—todo esto acompañado de una espesa lluvia de cenizas, que hacia aun mas tétrico y horrible aquel espectáculo. Dicese que el volcan arrojó una catarata que contenia diez veces mayor cantidad de agua que la del Niágara y que aniquiló y destruyó cuanto encontró á su paso dejando completamente sumergida toda la parte del país que atravesó. El torrente tomó dos opuestas direcciones, como si buscara mayor campo en que llevar á cabo su obra de devastacion, y hacer mas horrible la confusion que reinaba por do quiera.—Por la parte del Sur uno de sus brazos se dirigió hacia la ciudad de Latacunga, situada á unas 12 millas del Cotopaxi.

En su tránsito, todo lo inundó, convirtiendo el valle del Callao en un inmenso lago. Témesese, con sobrada razon, que las ruinas del palacio de los Incas, tan magníficamente

descrito por Humboldt y otros célebres viajeros, que han atrevesado este valle central de los Andes, no se haya salvado de los destrozos causados por la inundacion. En las inmediaciones á la ciudad de Latacunga, el furioso torrente destruyó la fábrica de tejidos de algodón de don José Villagomes, valuada en 300,000 duros, arrastrando consigo otros muchos edificios, ganados, cosechas, y todo cuanto encontraba á su paso, así como los macizos puentes de Cutuche y Pansalvo y una gran parte del magnífico camino carretero (que no tiene rival tal vez en Europa), y que une á Quito con las principales ciudades del Sur de la república.

El otro brazo del torrente se dirigió hacia el Sur del volcan, destruyendo el próspero y encantador valle de Chillo, y particularmente las hermosas propiedades de los señores Aguirre, célebres, no solo por su magnificencia, sino por haber residido en ellas el baron de Humboldt. En esta parte, así como en Latacunga, se llevó los edificios de otra floreciente fábrica de tejidos, que aun no hace un año fué destruida por un incendio, y en cuya reedificacion se habia gastado una suma considerable, no quedando más que fragmentos de ella. Dicese que el molino de D. Manuel Palacios flotaba sobre el agua como un buque sobre el mar, hasta que quedó completamente destruido. Las pérdidas que ha sufrido solo el valle de Chillo se calculan en mas de dos millones de pesos, siendo igualmente mayores las de las otras secciones del país, invadidas por el torrente. Así mismo se cree que pasan de mil las personas que han perdido la vida á consecuencia de esa calamidad.

No son menos sensibles los estragos causados en la parte oriental. Ha quedado destruido el puente de Petate, así como la mayor parte de las fincas y quintas de recreo de aquellas inmediaciones, entre las que habia muchas viñas que con sus productos han hecho célebre el «Vino de Petate.»

Aunque las inmediaciones de Quito han quedado desoladas, la ciudad no ha sufrido mucho, no obstante

haber caido sobre ella una espesa lluvia de cenizas que la oscureció completamente á las tres de la tarde. Lo propio ha sucedido en Machacho y otras poblaciones en que la oscuridad más completa duró hasta treinta horas consecutivas. En medio de esta terrible oscuridad oíanse los bramidos del ganado que privado del pasto natural, por hallarse éste quemado y cubierto por la gran cantidad de ceniza que caia, buscaba frantically algo con que satisfacer el hambre. Oíase así mismo el aullar de los perros y otros animales que llenos de terror corrian de aquí para allí, buscando un asilo donde refugiarse contra aquella lluvia de cenizas calientes que le cubrian.

En Quito la oscuridad era mucho más terrorífica que la de la noche. Pareciase á la descrita por el jóven Plinio en su celebrada carta á Tácito, en la que describe la erupcion del Vesubio y la destruccion de Pompeya. Principió á caer una lluvia de arena gruesa, la que fué reemplazada por otra de ceniza tan fina que penetraba por todas partes. Oíanse en la oscuridad hombres y mujeres que se echaban á las calles protegidos por paraguas y alumbrándose con linternas, llenando el aire de gritos de horror y elevando plegarias al Altísimo. Es muy posible que suceda ahora lo que en la erupcion de 1843, que la lluvia de cenizas que cayó sobre la ciudad, durante 36 horas, cegó completamente á muchas personas.»

#### Misceláneas.

#### LA MUERTE INSTANTANEA.

(Continuacion.)

Un tiempo hubo en que esta cuestion me interesó sobremanera; y por los hechos que tendré el honor de exponer al lector, verá que no soy enteramente ageno á este asunto.

En una época bastante lejana la casualidad me hizo testigo de varios experimentos que tienden á probar que la decapitacion no produce la

extincion instantánea de la vida orgánica.

En mi juventud conocí á un estudiante en medicina que despues ha llegado á ser una de las mayores celebridades entre los sábios alemanes y su nombre debe ser desconocido á la Academia de ciencias. Se llama Eduardo Pflueger, y es, hace unos diez años, profesor de fisiologia de la universidad de Voun. A los veinte años el adolescente empezaba á ocuparse de los grandes problemas que le dieron celebridad á los treinta.

En la época en que le conocí, trataba de probar que el pensamiento no residia sólo en el cerebro, sino tambien en la médula espinal, y que por consiguiente, podria sobrevivir durante cierto espacio de tiempo en el tronco, separado de la cabeza, de la misma manera que en la cabeza separada del tronco. Conocí á este jóven en una cervceria donde á menudo comiamos juntos. Teniamos la costumbre de hablar de mil cosas despues de comer, mientras fumábamos nuestro cigarro. Desde que es un gran sabio no le he vuelto á ver, pero he seguido de lejos sus trabajos. Me parece aun ver al futuro sabio á los veinte años, con su cabeza singularmente inteligente, sus grandes ojos azules, su rubia y poblada cabellera y su frente más abultada que la de Victor Hugo. Una tarde, á propósito de cierta discusion científica, me dirigió esta pregunta á quema-ropa:

—¿Qué piensa V. de la inmortalidad del alma?

Francamente, en aquel momento no supe qué contestar á esta singular pregunta.

Entonces, el jóven sabio, arrojando bocanadas de humo, añadió riendo:

—Venga V. á verme mañana y le enseñaré ese alma inmortal.

Al dia siguiente me fui á casa de mi nuevo amigo. No citaré las teorías materiales que expuso ante mí, pues no quisiera introducir la duda en la conciencia de ninguno de mis lectores.

Así no podrá nunca saberse la úl-